

ANTE EL CADAVER DE MONS. RINCÓN GONZALEZ

Ha muerto Mons. Felipe Rincón González, Arzobispo de Caracas.

SIC se asocia al duelo universal, sincerísimo, con que lo ha llorado la Arquidiócesis de Caracas.

Ante su féretro pronunció Mons. Jesús María Pellín, un inspirado discurso, del que hemos querido recoger los párrafos más expresivos sobre la obra apostólica del llorado Pastor.

EL CELO POR LA SALVACION de las almas lo devora: Y comienza su gran labor... Y como es ancho el ministerio e imposible, a sus fuerzas de hombre, atender a todos, necesita colaboradores. Los hay; celosísimos; pero no suficientes en número. Y así considera, como la primera entre sus obligaciones, "la de velar solícito por la formación de sacerdotes dignos, necesidad imperiosa de la Iglesia por cuanto los Ministros Sagrados han de ser custodios celosos de la viña mística del Señor y obreros infatigables de la salvación de las almas, preservándolos del veneno de perversas doctrinas y plantando en los corazones la semilla de las virtudes cristianas con la enseñanza incesante y la distribución de los consuelos de la religión, todo lo cual, para que sea fecunda esa alta misión del sacerdocio, requiere caudal suficiente de ciencia, hábito de disciplina, humildad, abnegación y celo; acopio de discreción y de experiencia y sobre todo, constante práctica de piedad y sacrificio, hasta hacer de estas dos fuerzas sobrenaturales el único aliento y estímulo poderoso de la vida sacerdotal, en el anhelo santo de glorificar y honrar incesantemente a Dios".

Y urgían los maestros que dirigieran estas jóvenes inteligencias.

Meditó ante Dios. Y a pesar de las dificultades que habían de presentársele, se empeñó en la conquista. Y luchó hasta lograr vencer toda dificultad. Llama a los grandes forjadores de almas y conductores de juventudes; a los hijos de Ignacio de Loyola. Y los defiende y aboga por su causa; y los describe cuales son: profundos pensadores, apostólicamente activos, conocedores del corazón humano. Y el viejo Seminario, para bien imponderable de la Patria, abre sus puertas a los dos primeros Jesuítas

que tornan después de larga ausencia. Venían a cultivar mentes y corazones sacerdotales. El camino estaba abierto, trazada la trayectoria por Monseñor Castro, seguida por quien es hoy nuestro Vicario General, grandes forjadores de mentes y corazones sacerdotales. Fueron, pues, sólo nuevos maestros que habían de intensificar la obra.

Y habidos los Maestros, edifica la casa.

Allí está: recostado sobre el Ávila, atalaya vigilante, centinela de avanzada, señero, el edificio altivo donde se forjan los Heraldos del Evangelio. De allí saldrán a predicar la verdad, a practicar la virtud, a ser de los pobres, los hermanos más calificados.

Y ya el Seminario Interdiocesano tiene sus profesores. Vense afluir a él discípulos; pero la formación de un sacerdote cuesta años, y son escasas las vocaciones y, entre tanto los pueblos sufren por la ausencia de quienes les presten asistencia espiritual, de quienes les prediquen la palabra de Dios; son almas que parten a la eternidad sin el consuelo del Sacramento; y uniones sin bendecir; y la impiedad infiltrándose en las almas y los vicios corroyendo los corazones. Era necesario prestar servicios a esos pueblos. Y este Venerable Prelado no se detiene, empuñase en otra obra y, a pesar del sectarismo imperante, logra aumentar las falanges de religiosos que, venidos de otras tierras, habían de colaborar con el sacerdote nativo.

LAS SOCIEDADES, SEÑORES, si no se levantan sobre cimientos sólidos, fácilmente se derrumban. Es el fabricar sobre movediza arena. Fundamento sólido en el orden social es la cristiana educación del pueblo. Esa educación, señores, que orienta la conciencia, hace al hombre sentirse ser

espiritual, y lo guía e ilumina en los caminos del deber, porque le recuerda que sus obras han de caer bajo la sentencia de un Juez Supremo.

En la inteligencia de esta verdad, procuró el amado Arzobispo multiplicar los centros de enseñanza. Y así, bajo su mirada de padre que alienta y guía a sus hijos, se levantaron en ciudades principales de la Arquidiócesis de Caracas, centros magníficos del saber. De ellos han salido ya generaciones de hombres dispuestos a trabajar por la grandeza de la Patria, a cooperar con cuantos buscan esa auténtica grandeza para nuestro pueblo, la que lleva por basamento la verdad perpetuamente incommovible: la verdad del Evangelio.

Y AL LLEGAR AQUI, recordemos rasgos de su magisterio episcopal. Ahí están sus Cartas Pastorales. Son sencillas, pero aleccionadoras. En sus páginas se flajela el vicio y se alaba la virtud; se proclama la fe en Cristo y en su Iglesia; se recuerda el amor debido al Pontífice; el sacrificio que la Patria demanda; la impretermisible obligación de tender a la mejora de las costumbres del pueblo; el procurar para Venezuela la mayor grandeza por medio de la conquista de sus auténticas libertades. En esas sus Cartas Pastorales habló al obrero y no olvidó a los patronos; se dirigió al rico y al pobre, y jamás estampó una frase que pudieran ir en desmedro de la Iglesia y del augusto Ministerio que desempeñara entre nosotros.

BIEN COMPRENDIDO que es la prensa católica vehículo aprovechadísimo para la difusión de la verdad, muro de resistencia, formidable bastión, trinchera inexpugnable, valla para detener la avalancha del error y de los vicios; fortaleza para combatir a los adversarios que intentan escalar los muros de la verdad para destruirla; a veces catapulta del error y la mentira; y asimismo portadora de amor cristiano. Sabía de la obligación que tiene todo Prelado de preocuparse por ese gran factor de propaganda que ha revolucionado tanto la vida moderna, y por ello favoreció la obra de la prensa católica preocupándose por mantenerla en alto y plena de prestigio. La quiso como obra que es de la Iglesia y, por ser de la Iglesia, la llevó muy adentro en

su alma... Los pueblos lo recibían en apoteosis y lo despedían con lágrimas. No hay uno en esta Arquidiócesis donde no se le recuerde, para bendición.

Y esta Caracas jamás podrá olvidar que cuando aún no contaba un año de haber recibido la Consagración Episcopal, le dió a conocer cuánto le amaba. Fueron los días de una epidemia que causó espanto. Caían los hombres, cual dice el Texto Sagrado, como gavillas abandonadas, sin que hubiera tiempo a recogerlas. Encárgase él de presidir una Junta de Socorro, y es su primer trabajador. Visita por sí mismo al enfermo en la sórdida vivienda; anda cuidadoso para que a nadie falten los auxilios espirituales y el don material; consuela a uno, socorre al otro y a todos alienta.

Caracas no ha olvidado aún aquella hora triste, y al recordarla tiene presente a éste insigne bienhechor.

FUE ÉSTE OBISPO y Padre, varón de preclaras virtudes:

Su vida fué austera y sencilla. No hubo relámpagos del Sinaí, ni truenos que atemorizaran. Se dedicó a su Diócesis, y en su farga vida, aún no escrita, venían a ser sus palabras de bien, inocencia de costumbres, buena fe, afabilidad, clemencia y humildad, dones de amigo en el alma.

Fuó sencillo: en el hablar, no arrebataba; pero llegaba al alma. Su palabra no era vehemente. Su acción fué suave. Muchas de sus obras no las entendió el siglo; pero sí las entendió Cristo.

Pero si no hubo destellos, sí hubo profundidad de sentimientos. Fué humilde, sin alardes; severo, sin brusquedad; digno, sin altanerías; sencillo, sin dobleces. Fué sobre todo, varón de caridad. Su corazón no estaba hecho para el odio. Jamás levantó su mano para maldecir; de sus labios sólo brotaron bendiciones. No sabía decir palabras contra el prójimo, y apenas llegado a esta su Sede Episcopal, estampó la frase de Santiago: "**Bienaventurado el hombre que no ofende en la palabra**".

Su caridad fué plena, grande en el amor de Dios, que va hasta el amor al prójimo. No tuvo preferencias. Mejor, si las tuvo, sólo fué para quienes no lo llegaron a entender.